

1. “Dans le choix de leur nourriture, les Romains n’ont observé que rarement de tels interdits, de nature religieuse ou superstitieuse”. La afirmación de W. Deonna-M. Renard<sup>1</sup> es, sin duda alguna, cierta en términos generales, pero no conviene olvidar que, en sus orígenes, matar y comer ciertos animales, especialmente aquellos más útiles, como por ejemplo lo era el buey, era una falta duramente castigada: *Tanta putabatur utilitas percipi ex bubus ut eorum uisceribus uesci scelus haberetur*, dice Cicerón<sup>2</sup>.

¿Y los pájaros? Además de su belleza y de su canto, los campesinos romanos no olvidaban los muchos servicios que prestaba determinado número de aves, bien anunciando el tiempo (Eliano, *HA* VII, 7 dice que el gallo estaba en condiciones de presagiar tempestades y calamidades naturales) o luchando eficazmente contra las plagas de reptiles e insectos.

A muchas de ellas pronto se les atribuyeron determinadas virtudes: a las palomas torcaces, por ejemplo, la fidelidad para con su pareja, a las cigüeñas, la *pietas* para con sus padres<sup>3</sup>.

Es posible que, como más tarde hará el neoplatonismo, se atribuyera tempranamente a las aves –como a otros animales– un alma racional a la que no le falta inteligencia. Porfirio recuerda que muchas aves aprenden la lengua griega y comprenden a sus dueños: “quién es tan cara dura –se pregunta el filósofo neoplatónico– que no admite que están dotados de razón, porque no comprenda lo que dicen? En efecto, cuervos picazas, petirrojos y loros imitan a los hombres y recuerdan cuanto oyen y, cuanto se les enseña, responden a quien les instruya; muchos, incluso, merced a las enseñanzas que recibieron, denunciaron a los que cometían delitos en casa” (*abst.* III, 4, 4).

Pero, lo más importante, era que los romanos, como otros pueblos de la Antigüedad, reconocían la existencia de signos enviados por los dioses a los hombres para revelarles su voluntad y, de dichos signos, sin duda las aves eran los más significativos hasta el punto de crearse tempranamente una ciencia augural que se ocupara de los *signa ex auibus*. Su observación era muy antigua, como nos recuerda Cicerón: *nihil fere quondam maioris rei*

---

<sup>1</sup> W. DEONNA-M. RENARD, *Croyances et superstitions de table dans la Rome antique*, Bruxelles, coll. Latomus, 1961, pág. 24. Sobre el tema puede consultarse: A. BRELICH, “Offerte e interdizione alimentari nel culto della Magna Mater a Roma”, *SMSR* 36, 1965; E. RATTI, “Ricerche sul *luxus* alimentare romano fra il I secolo a.C. e il I secolo d.C.”, *RIL*, 1966; J. ANDRÉ, *La alimentation et la cuisine à Rome*, Paris, 1981; A. DOSI-F. SCHNELL, *A tavola con i Romani Antichi*, Roma, 1984. El presente trabajo ha sido realizado gracias al Proyecto de la Universidad Complutense “Augusto y las aves: ideología y religión en la Roma del Principado” (nº de referencia Pr1/03-11643).

<sup>2</sup> Cic., *nat. deor.*, II, 63, 159. Cfr. Varro, *rust.* II, 5, 4; Cfr. Plin., *nat.* VIII 45, 70.

<sup>3</sup> Cfr. Arist. *HA*. IX 7, 613a14; Ael., *HA* III, 44; Porph. *abst.* III, 11.

*nisi auspicato ne priuatim quidem gerebatur* (div. I, 28).

Júpiter reafirmaba su supremacía sobre el resto de los dioses al constituirse en el dios de los auspicios. El augur es, por esa razón, *interpretas Iouis Optimi Maximi* (Cic., *leg.* II, 8, 20; III, 43) y las aves *internuntiae Iouis* (Cic., *div.* II, 34, 72). No obstante, quizá como herencia griega, ciertas aves fueron consideradas el animal favorito o, incluso, el símbolo de diversos dioses: el águila de Júpiter (*Iovis satelles*: Cic., *Tusc.* II, 10, 24), el cuervo de Apolo, la paloma de Venus, el pavo y el ganso de Juno, etc.<sup>4</sup>

Cicerón, en uno de sus diálogos, se pregunta: ¿Qué decir de la multitud y del agradable sabor de los peces y de los pájaros? De ellos se recibe tanto placer que a veces parece que nuestra Providencia sea epicúrea y ellos ni siquiera pueden ser capturados excepto por la táctica del hombre aun si pensamos que algunos pájaros (pájaros que vuelan y pájaros que cantan según la terminología de nuestros augures) nacieron para predecir el futuro: *quid multitudinem suavitatemque piscium dicam, quid avium; ex quibus tanta percipitur voluptas, ut interdum Pronoea nostra Epicurea fuisse videatur atque eae ne caperentur quidem nisi hominum ratione atque sollertia; quamquam avis quasdam, et alites et oscines, ut nostri augures appellant, rerum augurandarum causa esse natas putamus* (*nat. deor.* II, 64, 160).

Se decía incluso que un hombre podía asimilar materialmente sea el lenguaje sea la virtud mántica de los pájaros absorbiendo directamente o no su carne (Plin., *nat.* X 49, 137; Porph., *abst.* II, 48).

Ante este cúmulo de virtudes que –en el ámbito de la religión romana y de la mentalidad popular– se atribuían a las aves, no es de extrañar que, inicialmente, los hombres se hubiesen abstenido de matar y, más aún, de consumir una larga lista de ellas (quizá todas las silvestres, las que no eran de corral). Plinio alude a los “antiguos reglamentos referidos a las cenas” (*primum antiquis cenarum interdictis*) donde probablemente se establecía qué aves podían consumirse y cuáles no. A mediados del siglo II a.C., el cónsul Cayo Fannio (161 a.C.) “halló la prohibición de que no se pusiese sobre la mesa ningún volátil a excepción de una sola gallina no engrasada”: *ne quid volucre poneretur praeter unam gallinam, quae non esset alitis* (*nat.* X 139). Esta disposición, añade el naturalista, fue pronto retomada y pasó de una ley a otra (*quod deinde caput translatum per omnes leges ambulavit*). Las leyes de Fannio fueron recordadas siempre como ejemplo de antigua frugalidad<sup>5</sup>.

<sup>4</sup> Prop. III, 3, 31-32: “Las aves de Venus, mi diosa, las palomas, mi tropel preferido, mojan su pico bermejo en el lago de la Gorgona”. Cfr. Porph., *abst.* III, 5, 5): “Mas los dioses, aún guardando silencio, nos hacen revelaciones, y los pájaros las comprenden con mayor rapidez que los hombres y, cuando han llegado a la comprensión, nos lo anuncian como pueden, convirtiéndose para los hombres en heraldos de tales o cuales dioses: el águila, de Zeus; el halcón y el cuervo, de Apolo; la cigüeña de Hera; el rascón y la lechuza, de Atenea; la grulla, de Deméter; y así otros pájaros concretos de otros tantos dioses”.

<sup>5</sup> También Tertuliano (*Apol.*, 6) dice que dicha ley prohibía servir en la mesa más de un volátil: *nec amplius quam unam inferi gallinam et eam non saginatam*. Otras referencias a la *lex Fania*: Ath. VI, 108; Gell., II, 24, 3; Macrob. *Sat.* III 17, 5. Cfr. *RE* XII coll. 2353.

Ovidio, sirviéndose del lenguaje poético, cree firmemente también en la existencia de un pasado en el que las aves estaban a salvo de la mano del hombre y libres de todo temor: “En otro tiempo habíais sido respetadas vosotras, aves, solaz del campo, raza inofensiva habitante de bosques, que construís nidos y bajo vuestras plumas incubáis los huevos; vosotras, que con sencilla voz emitís dulces melodías.” (*fast.* I, 133sig.)

La misma idea es expresada en las *Metamorfosis*:

“En cambio aquella antigua edad a la que hemos dado el nombre de edad de oro era feliz con los frutos de los árboles y con las hierbas que cría la tierra, y no ensució sus bocas con sangre. Entonces las aves agitaban seguras las alas por el aire (*Tunc et aues tutae mouere per aera pennas*)...” (*Met.* XV, 96-99)

Pero Ovidio dice que pronto, aprovechándose de su proximidad a los dioses, las aves comenzaron a conocer sus secretos (en sus *Met.* II, 534 sig. narra la historia del castigo del cuervo y de la corneja por culpa de su locuacidad) y a revelarlos a los hombres mediante el vuelo y el canto:

“De nada os sirve todo ello, porque se os acusa de locuaces y los dioses opinan que vosotras descubristis sus intenciones. Esta acusación no es, sin embargo, falsa, pues, cuanto más cerca estáis de los dioses, más verídicos son los signos que proporcionáis, bien sea con el vuelo bien sea con el canto” (*fast.* I, 458 sig.).

2. Sin embargo, en el último siglo de la República y, sobre todo, durante el Principado de Augusto, ese respeto o temor desaparecerá gradualmente, disipándose así la ancestral temerosa actitud de los hombres hacia las aves<sup>6</sup>. Ya durante el consulado de Marco Emilio Escauro (115 a.C.) se prohibió que fueran consumidas en las cenas –entre otros productos exóticos– “pájaros importados de la otra parte del mundo”: ... *glires, quos censoriae leges princepsque M. Scaurus in consulatu non alio modo cenis ademere ac conchylia aut ex alio orbe conventas aves* (Plin., *nat.* VIII, 223). La *lex Aemilia sumptuaria* determinaba en su primer capítulo no la suma que se podía gastar en un banquete sino *ciborum genus et modum* (*Gell.* II, 24, 12). Iba, pues, particularmente dirigida contra el consumo de aves raras o escogidas.

<sup>6</sup> “Der grosse Aufschwung der Geflügelzucht in Italien seit dem 1 Jh. V. Chr” puede leerse en el *KPW* Band 2, 712 s.v. “Geflügelzucht”. Es interesante la obra de E. SLOB, *Luxuria. Regelgeving en maatregelen van censorem ten tijde van de Romeinse Republik*, Zutphen, 1986 quien considera que estas leyes iban dirigidas a la clase dirigente que para conservar su posición dominante y mantener las riendas del poder debía salvar su unidad. En efecto, una parte del *ordo* senatorial del siglo II exhibía su riqueza con arrogancia y contra esas familias en particular se dirigían las leyes suntuarias. Para que los senadores, deseosos de conservar sus hábitos simples y frugales no se vieran desplazados de su clase, para mantener los valores y las normas tradicionales, en definitiva, para mantener la unidad interna del *ordo*, era necesario reprimir la *luxuria*.

Entre las causas de esta ruptura con la tradición figura sin duda el contacto de Roma con el mundo griego y el surgimiento del comercio romano en el Mediterráneo que produjo una creciente demanda de productos de lujo en el banquete romano. La estructura del banquete varió considerablemente al dejar de estar basada –como hasta entonces– en el principio de igualdad entre los participantes y transformarse muchas veces en instrumento de propaganda política y de formación de grupos clientelares. En general en esta época se conocieron nuevas experiencias en el consumo de animales; se atribuía a Mecenas, por ejemplo, la introducción de la costumbre de comer carne de asno aunque la moda no duró mucho (Plin., *nat.* VIII, 170).

En Roma e Italia se extenderá la captura de aves para su venta y consumo así como la cría. Varrón (*rust.* III, 5, 8) y Plinio (*nat.* X, 141) afirman que el caballero Marco Lenio Estrabón fue el primero en construir un *aviarium* “metiendo en la cárcel a animales a los cuales la naturaleza había asignado el cielo”. De las palabras del naturalista latino se desprende un cierto temor religioso, al que antes me refería. El consumo de aves comportaba una doble transgresión: la de ingerir estos animales próximos a los dioses y, además, la de matarlos previamente<sup>7</sup>. Paralelamente se multiplica la figura del pajarero y se depuran las técnicas de la captura de aves silvestres. De igual forma, en época augústea aparece la figura del esclavo especializado en trinchar las aves para la mesa:

“El otro [esclavo] trincha las aves de gran precio; por las pechugas y por los muslos, con seguro corte, lleva su diestra mano experta; los parte en bocadillos, hombre desventurado que sólo sirve para esta misión cisoria de cortar las aves con destreza, si es que no sea más sin ventura, quien la enseña por avidez de placer que el que la aprende por necesidad” (Sen. *epist.* 47, 6)<sup>8</sup>.

Basta con examinar el *De re coquinaria* de Apicio (de época tiberiana), en cuyo libro VI, dedicado íntegramente a las aves (*qui aëropetes appellatur*), aparecen recetas para condimentar los siguientes volátiles: avestruz (cap. 1), grulla y pato (2), perdiz, francolín y tórtola (cap. 3), palomas y pichones domésticos (cap. 4), tordos, becafigos, pavos, faisanes y ocas (cap. 5), aves hircosas (cap. 6), flamencos y papagallos (cap. 7), ocas (cap. 8), pollos (cap. 9).

A finales del siglo I a.C. se produce, pues, algo novedoso (y religiosamente temible): un gran número de aves, no exentas de significado religioso, comenzaron por primera vez a ser consumidas en Roma. Plinio se lamenta de que la “gula humana” ha hecho que se extinguieran aves que antes existían pero que en su tiempo ya habían desaparecido y que están descritas en la *Etrusca disciplina: Sunt praeterea conplura genera depicta in Etrusca disciplina saeculis non visa, quae nunc defecisse mirum est, cum abundant etiam quae gula humana populatur* (*nat.* X, 37). A modo de ejemplo el naturalista cita dos: la *clivia* y el *super*, el pájaro que rompe los huevos a las águilas.

<sup>7</sup> Cfr. Plin. *nat.* X, 20.

<sup>8</sup> Cfr. Juv.V, 123.

Este proceso se advierte, sin embargo, en el caso de aves más comunes que por primera vez comienzan a ser consumidas. Así, las ocas, consideradas sagradas sobre todo a raíz del episodio famoso del asedio de Roma por los galos (390 a.C.) cuando alertaron a los romanos<sup>9</sup>. A raíz de aquel episodio los censores costeaban el alimento de los gansos, considerado entre los productos de primera necesidad: *quam ob causam cibaria anserum censores in primis locant* escribe Plinio, *nat.* X, 51. No sabemos desde cuándo venían consumiéndose en Roma –como aves domésticas que eran (Varrón, *rust.* III, 10 emplea el término griego *chenoboscion* para designar el lugar, la granja, donde eran alimentadas)–, pero Plinio considera que no es tarea inútil averiguar quién descubrió la costumbre de engordar el hígado de estas aves, que él mismo califica de “golosina” (*Nec sine causa in quaestione est, quis tantum bonum invenit: nat.* X, 52). El naturalista apunta dos nombres: el del cónsul Q. Cecilio Metelo Pio Escipión (*Scipio Metellus vir consularis*) o el del caballero romano Marco Seio (*Marcus Seius... eques Romanus*), ambos de la misma época (*eadem aetate*): en efecto sabemos que el primero fue cónsul en el 52 a.C. (es evidente que revistió varios cargos sacerdotales) y el segundo un caballero cesariano<sup>10</sup>.

A César le llamaba la atención que los britanos considerasen ilícito alimentarse de gansos (además de liebres y gallinas) y que, sin embargo, criasen estos animales por placer: *Leporem et gallinam et anserem gustare fas non putant; haec tamen alunt anumi voluptatis causa* (*gall.* V, 12, 6)<sup>11</sup>. Pese a ser servido en la mesa, el carácter sagrado del ganso, vinculado a la fecundidad y por eso a Príapo, está todavía presente en la novela de Petronio:

“Pero ella [la bruja], golpeándome las manos dijo: “¡Criminal! ¿Aún te atreves a hablar? No te das cuenta del inmenso crimen que has cometido: has dado muerte al ejemplar favorito de Príapo, al macho que era el ídolo de todas nuestras señoras. No vayas, pues, a creer que no tiene importancia lo que has hecho: si los magistrados se enteraran, te mandarían crucificar. Has manchado de sangre mi morada, sin mancilla hasta el día de hoy; has logrado que cualquiera de mis enemigos pueda, cuando quiera, despojarme de mi carácter sacerdotal” (*Satir.* 137, 1-3).

La primera alusión al consumo de grullas (*grus*, *géranos*) en Roma (cuyo arte, por cierto, representaba con frecuencia a la grulla luchando contra los pigmeos)<sup>12</sup> es probablemente la de Varrón, quien en una obra perdida, *Sobre los alimentos*, censuraba el refinamiento del lujo, los manjares exquisitos que en su tiempo se buscaban con “desenfrenada glotonería: “Estos son el pavo real de Samos, los tramolines de Frigia, las grullas de Melos... el estornino de Rodas” (*apud* Gell. VII, 16, 5).

<sup>9</sup> Liv. V, 47; Verg., *Aen.* VIII, 655-656.

<sup>10</sup> Cfr. Varro, *rust.* III 10, 1.

<sup>11</sup> “Aunque Aníbal se saciase con gansos romanos, el bárbaro no comió nunca estas aves de tu tierra” escribe Marcial (XIII, 73). Cfr. Plin. *nat.* XXXVIII, 261: hígado de ganso es afrodisiaco.

<sup>12</sup> Cfr. Ov., *Met.* VI, 90-92; Plin., *nat.* VII, 26.

J.M.C. Toynbee<sup>13</sup> cree que las bandadas de grullas que Seius, el amigo de Varrón, criaba en sus propiedades, eran posiblemente destinadas para fines gastronómicos (*rust.* III, 2, 14). En la comida ofrecida por Nasidieno, a la que asistía Mecenas acompañado de tres amigos, se presenta en el tercer servicio una grulla:

“Luego aparecieron unos sirvientes conduciendo en una fuente inmensa los miembros ya divididos de una grulla macho esparcidos de mucha sal y un poco de harina” (Hor., *Sat.* II, 8, 86-87).

Plinio (*nat.* X, 30, 60) afirma que, en su tiempo, las grullas figuran “entre los pájaros más buscados” para la mesa y el poeta Estacio alude a dicha ave diciendo: “Desdichados aquellos que disfrutaban sabiendo en qué difiere el ave del Fasis [el faisán] de la grulla invernal del Ródope, qué oca tiene el hígado más grande... (*Silv.* IV, 6, 9).

La cigüeña (*ciconia, pelargós*), pese a ser en Roma símbolo de *Pietas* y frecuentemente asociada a ella (aparece por esa razón en los reversos numismáticos de Quinto Cecilio Metelo (77 a.C) y poco después –en el 41 a.C.– en los de Marco Antonio), pese a saberse que era un grave delito matarlas en ciertas partes del Imperio (Plinio, *nat.* X, 31, 62 dice que era una ofensa criminal matar cigüeñas en Tesalia), pasó a ser consumida en la Roma de Augusto. Horacio declara que la cigüeña estaba a salvo en su nido hasta que Sempronio Rufo<sup>14</sup> –en época de César– impuso la moda de comerlas en la mesa, siendo castigado por el pueblo no eligiéndole como pretor en las elecciones:

“Tranquilo estaba el rombo, y en su nido segura la cigüeña, hasta que un pretor fallido os enseñó a comerlas” (*Sat.* II, 2, 49)

Cornelio Nepote afirma que las cigüeñas eran preferidas a las grullas en época de Augusto:

“Cornelio Nepote, que murió durante el principado del divino Augusto, después de haber escrito que recientemente se había comenzado la cría de tordos, añade que las cigüeñas gustaban más que las grullas...” (Plin., *nat.* X, 60)

De igual forma los mirlos eran capturados con lazo en época de Augusto para ser comidos y aparecen con palomas servidas en un plato: vimos luego servir mirlos con su pechuga tostada y pichones sin las ancas (*vidimus et merulas poni et sine clune palumbas*) (Hor., *Sat.* II, 8, 91).

Cornelio Nepote, que murió durante el principado de Augusto, afirmaba que la práctica de engordar zorzales (*turdos saginari*) había sido introducida poco antes de su tiempo (*apud*

<sup>13</sup> J.M.C. TOYNBEE, *Animals in Roman life and art*, London, 1996, pág. 244.

<sup>14</sup> Cfr. *RE* IIA 1436 sig.

Plin., *nat.* X, 30, 60). Horacio testimonia su consumo y su condición de uno de los platos más exquisitos (*epist.* I, 15, 41: *nil melius turdo*; cfr. *Sat.* II, 86).

Respecto a la *luscinia* dice Horacio: “La prole de Quinto Arrio, una pareja noble de hermanos, gemelos por su indolencia, frivolidad y amor a las extravagancias, acostumbrados a tomar en el almuerzo ruiseñores comprados a precio de oro... (*lusciniis soliti impenso prandere coemptas*) (*Sat.* II, 3, 245)<sup>15</sup>.

La codorniz, como otras aves, es posible que no se comiese aún en el siglo II a.C. Plauto (*Capt.* 1002-1003) atestigua que los niños jugaban con ellas (*pueris... coturnices dantur, quicum lusitent*) siendo usado el término como palabra cariñosa (*dic mihi digitur tuum... coturnicem: Asin.* 666). Sin embargo, Varrón dice que, en sus días, esta ave alcanzaba precios muy elevados para ser consumida: *pingues veneunt care ut... coturnices (rust.* III, 5, 2). A ello quizá contribuyó el haber sido rechazada ya entonces la creencia de que su alimento favorito eran semillas venenosas (Plin., *nat.* X, 33, 69: *coturnicibus veneni semen gratissimus cibus, quam ob causam eos damnare mensae*).

Varrón afirma que “recientísimamente” comenzaban a servirse en la mesa las *gallinae africanae* o *numidicae* debido a la delicadeza de los hombres siendo un plato delicado y alto de precio debido a su escasez (*rust.* III 9, 18: [*Gallinae Africanae*] *Haec novissimae in triclinium cenantium introierunt e culina propter fastidium hominum*)<sup>16</sup>.

Columela (VIII, 8, 10: *qui Ponticum Phasim... eluant*), Petronio (*Satir.* 93: *ales Phasiacis petita Colchis... placet palato*), Plinio (*nat.* X, 67, 132) y Estacio (*Silv.* I, 67 con alusión al consumo de faisanes en los Saturnalia)<sup>17</sup> permiten suponer que los faisanes también comenzaron a ser consumidos en época de Augusto.

Apicio, en su *De re coquinaria* VI, 6, 1-2, ofrece dos recetas para cocinar el fenicóptero considerándose el bocado más exquisito su lengua cocinada, como destacada Séneca (*Ep.* 110, 12), Plinio (*nat.* X, 68, 133), Marcial (XIII, 71: *dat mihi penna rubens nomen, sed lingua gulosis nostra sapit*) y Suetonio (*Vit.* XIII, 2). Tenemos que pensar, por tanto, que los romanos comenzaron a comer el fenicóptero durante el principado de Augusto siendo también entonces cuando comenzó a ser criado con este fin (*Mart.* III, 58, 14).

**3.** Pero sin duda, lo más sorprendente, es que muchas de las especies de aves que, por primera vez fueron servidas en la mesa en época del emperador Augusto o pocos decenios antes, se debió a la intervención de relevantes personas de la vida pública que ocupaban cargos sacerdotales de extraordinaria importancia como pontífices o los propios augures que, para más asombro, escogían como momento la *cena auguralis* con la que celebraban su entrada en el colegio sacerdotal. Varrón (*rust.* III 2, 16) ya menciona la presencia de aves en las *cenae collegiorum* a las que culpaba de hacer subir exorbitadamente los precios de

<sup>15</sup> Cfr. Plut., *De sollertia animalorum*, 19: es ave cantora y habla. Cfr. Plin., *nat.* X, 43, 81-85.

<sup>16</sup> Cfr. Petron., *Satir.* 93: *Afrae volucres placent palato*.

<sup>17</sup> Cfr. también *Mart.* III 58, 16; XIII, 72: “Fui transportada por primera vez por la nave de Argos: antes no me resultaba conocido nada, a no ser el Fasis”.

los alimentos por el continuo aumento de la demanda. Veamos los casos conocidos.

Varrón (*rust.* III, 6, 6) relata que Quinto Hortensio (114-50 a.C.), orador y augur, fue el primero en servir pavos reales en un banquete durante el banquete inaugural de su sacerdocio: “Se narra que Quinto Hortensio fue el primero en servirlos en un banquete ofrecido como augur y las personas recordaban aquel hecho como manifestación de lujo más que de seriedad” (*Primus hos Q. Hortensius augurali cena posuisse dicitur, quod potius factum tum luxuriose quam severe boni viri laudabant*). Plinio también nos confirma la noticia: *Pavonem cibi gratia Romae primus occidit orator Hortensius adituali cena sacerdotii* (*nat.* X, 45). Otros gurmets (*luxuriosi*) pronto siguieron su ejemplo con el resultado de que tanto los pájaros (50 denarios) como sus huevos (5 denarios) alcanzaron altos precios.

La noticia de Varrón contrasta con la importancia que dicha ave tenía en la religión y el mito romanos como animal consagrado a Hera/Juno. El propio erudito romano (*rust.* III, 6) menciona los pavos del bosque sagrado de Hera en la isla de *Samos* (*Sami in luco Iunonis*) y Ovidio se refiere repetidamente a ellos:

*Excipit hos [los ojos de Argus] volucrisque suae Saturnia pennis  
Collocat et gemmis caudam stellantibus implet* (*Met.* I, 722-723)

*Iunonis volucrem, quae cauda sidera portat* (*Met.* XV, 385)

No es de extrañar, por tanto que algunos poetas satíricos desaprobaban el consumo de esta ave. Así, Horacio, escribe: “Apenas podré conseguir de ti que servido a tu mesa un pavo, no lo prefieras a la gallina para estimular tu paladar, seducido por las varias apariencias de las cosas, porque se vende a precio de oro, es un ave rara, y expande en su pintada cola un verdadero espectáculo, como si eso importara a nuestro propósito. ¿Acaso tú comes esas plumas que elogias? Una vez cocido el animal, ¿presenta la misma hermosura? Pero aunque su carne no tiene ninguna superioridad a la de la gallina, veo bien que, tú, fascinado por la diversidad del aspecto, prefieres el pavo a la gallina” (*Sat.* II, 23 sig.).

Marcial demuestra tener mayor sensibilidad que aquellos augures cuando se pregunta: “Te asombras, siempre que extiende [el pavo real] sus alas cubiertas de gemas, ¿y puedes, duro, entregarlo al cruel cocinero?” (XIII, 70).

Quinto Cecilio Metelo Pio, cónsul en el año 80 a.C. y procónsul en Hispania durante la campaña contra Sertorio (79-71) ocupó el cargo desde el 82 hasta su muerte en 63 a.C. (cuando le sucedió César) de pontífice máximo. Salustio (*Hist.*, 2, 70 = *Macrob.*, *Sat.*, III, 13, 9) alude a la costumbre de Metelo Pio de celebrar banquetes con alimentos muy seleccionados, buscados no sólo por toda la provincia (Hispania?) sino también más allá del mar: traía animales y aves antes desconocidas, provenientes de Mauritania (*ex Mauritania volucrem et ferarum incognita antea plura genera*) en un gesto calificado por Salustio de “ostentación de soberbia”.

Macrobio menciona la celebración de un banquete pontifical, registrado por el propio Metelo *p.m.*, y datado en el año 69. Se celebró para conmemorar la consagración de Léntulo

(Lucio Cornelio Léntulo Nigro, muerto en el 56 a.C.) como *flamen* de Marte: se adornó la casa y se prepararon tres salas de banquete con divanes de marfil: dos de ellas fueron ocupadas por los pontífices Quinto Catulo, Mamerco Emilio Lérido, Décimo Silano, Cayo César, Publio Escévola, Sexto César (*flamen* de Quirino), Quinto Cornelio, Publio Volumnio, Publio Albinovano y el augur Lucio Julio César que le consagró. En la tercera sala las vestales Popilia, Perpennia, Licinia, Arruntia, Publicia (la mujer del nuevo *flamen*) y su suegra, Sempronia. El menú constaba de:

*Cena hac fuit: ante cenam echinos, ostreas crudas quantum vellent, peloridas, sphondylos, turdum aspargos subtus, gallinam altilem, patinam ostrearum peloridum, balanos nigros, balanos albos; iterum sphondylos, glycomaridas, urticas, ficedulas, lumbos capruginos aprugnos, altilia ex farina involuta, ficedulas, murices et purpuras. In cena sumina, sinciput aprugnum, patinam piscium, patinam suminis, anates, querquedula elixas, lepores, altilia assa, amulum, panes Picentes (Sat. III, 13, 10).*

En los tres servicios vemos que figuran aves: a) en los entrantes: *turdum aspargos subtus* (tordo con espárragos), *gallinam altilem* (gallina cebada); b) en el primero: *ficedulas* (becafijos, dos veces), *altilia ex farina involuta* (pollo marinado); c) en el segundo: *anates* (patos), *querquedula elixas* (cerceta hervida), *altilia assa* (pollo asado).

Varrón cuenta que, Apio Claudio, acompañado del senador Quinto Asio, se dirigió a la villa publica situada en el Campo de Marte habitada con fines diversos, entre otros las operaciones relativas al censo. Ambos encontraron allí al augur Apio Claudio; como miembro del colegio de los augures permanecía en el lugar para ser consultado en caso de necesidad (*ut consuli, siquid usus poposcisset*). Asio, dirigiéndose a él le preguntó si podía recibirle *Recipit nos... in tuum ornithona, ubi sedes inter aves?* El sacerdote le contesta: con placer y especialmente a ti de quien me vuelven al paladar los pájaros que me ofreciste hace unos pocos días en la villa de Rieti: *Ego vero... te praesertim, quous aves hospitaes etiam nunc ructor, quas mihi adposuisti paucis ante diebus in villa Reatina... (rust. III, 2, 3).*

Cicerón –augur desde el 53 a.C.– dice (*fam.* 9, 18, 3) haber comido pavos (*pavones confeci*) en las mesas de las personas ricas.

Mesalino Cotta (Marco Aurelio Cotta Maximo Mesalino), hijo del orador Mesala Corvino, amigo de Ovidio y una de las fuentes de los libros XIV y XV de Plinio<sup>18</sup> alcanzó el consulado en el año 20 d.C. y proconsulado de Asia en 25/26 después de haber revestido numerosos cargos sacerdotales. Fue él quien inventó la receta de palmas de oca asadas y cocinadas *in padella* con crestas de gallo<sup>19</sup>.

El cónsul Lúculo, revistió también a lo largo de su carrera numerosos sacerdocios, siendo famoso en Roma por la opulencia de sus banquetes. Varrón cuenta de él que hizo cons-

<sup>18</sup> Cfr. *RE* VIII A, 134.

<sup>19</sup> *Plin. nat.* X, 52 y 53 sig.

truir un *triclinium* en el interior de un enorme *volarium* de modo que mientras se comían sabrosas aves –muchas de ellas seguramente exóticas– se podía escuchar el canto de los pájaros y disfrutar del colorido del plumaje. Una idea aparentemente espléndida que tenía, sin embargo, un defecto: el olor insoportable que obligó a Lúculo a demoler su original *triclinio* (*rust.* III, 4, 3).

No olvidemos, en fin, que la carne de cachorro (de perro) lactante figuraba en los banquetes más importantes o en los que se celebraban en honor de los dioses (*Fest.* XXXIX, 8).

4. ¿Qué ha podido suceder a lo largo del siglo I a.C. para que se haya producido ese cambio, esa pérdida del temor religioso que parece haber existido hasta entonces? Las fuentes latinas o griegas cuando se refieren a estas aves servidas en la mesa de los banquetes no lo consideran como falta religiosa, todo lo más –como es el caso de Marcial– lo atribuyen a una cierta insensibilidad de los comensales. Varias parecen ser si no las razones al menos sí los factores que explican dicho cambio de mentalidad.

En primer lugar, el lujo de la mesa que en la Roma de Augusto se hizo sentir en la importación de aves venidas –gracias a la *pax augusta*– de países lejanos. No estará de más recordar un pasaje del “Satiricón” de Petronio en el que uno de los convidados se lamenta de que no se aprecien en la mesa las aves que están al alcance y sí aquellas que vienen de fuera:

“Aves como el faisán –importado de Fasia, en Cólquide– o la pintada africana son sabrosas a nuestro paladar porque no es nada fácil conseguirlas. En cambio, la oca blanca o el pato, con las variables tonalidades de sus abigarradas plumas, saben a plebeyo... Lo que escasea es siempre lo mejor” (*Satir.* 93, 2.)... “Ahora las aguas del Fasis echan de menos sus aves [los faisanes] y en sus silenciosas orillas sólo las brisas animan el desierto follaje” (*ibid.*, 119, 35).

Pocos años antes Ovidio evocaba también los tiempos de la Roma arcaica en la que no se conocían aún estas aves exóticas servidas en época de Augusto en la mesa:

“En aquella época el Lacio no conocía aún el ave que la opulenta Jonia nos proporciona ni aquella que se deleita con la sangre de los pigmeos; en el pavo no se apreciaba más que su plumaje y la tierra no nos había enviado las fieras que previamente capturara” (*fast.* VI 179-183).

Ovidio se refiere, por ejemplo, al francolín, que si bien habita en Africa y el sur de Europa era el de Jonia el que los gastrónomos solicitaban más como Plinio (*nat.* X, 133: “El francolín de Jonia es especialmente célebre”) y más tarde Marcial (“Dicen que, de las aves, el más gustoso de los sabores es el de los francolines jonios”) dicen expresamente<sup>20</sup>.

<sup>20</sup> Cfr. Hor., *Epod.* II, 54.

A mi juicio fueron, pues, el lujo y la ostentación en la mesa, los que acabaron imponiéndose sobre el temor religioso, sobre la prohibición de matar y comer las aves (primero las de Italia, luego las llegadas de las provincias).

Gelio reproduce un antiguo pasaje de Favorino en el que condena los abusos al servir y degustar las aves en la Roma de su tiempo:

“Os dicen que solamente existe un ave de la que se puede comer todo, la ficédula (becafigo). En cuanto a las otras, y especialmente las cebadas, no debe servirse de ellas más que tal cantidad que, sin comerse más que las partes inferiores, se quede satisfecho. Si se come la parte superior de un ave, no se tiene paladar. Si la delicadeza continúa creciendo en esta proporción, pronto se harán picar los bocados para evitarse el trabajo de masticar” (Gell., XV, 8)

Muy ligado a esta costumbre está simplemente lo que hoy llamaríamos la “moda” (gastro-nómica en este caso). Horacio dice: “Luego, si algún otro viene proclamando excelentes los mergos asados le seguirá la juventud romana tan dócil a los malos ejemplos” (*Sat.* II, 23 sig.).

Pero no parece que la ostentación de la mesa, las modas gastronómicas o incluso el aumento demográfico que se produce en Italia tras las guerras civiles sean razones suficientes para explicar la pérdida de este antiguo temor religioso. La decadencia de la *auguratio* a lo largo del último siglo de la República y la costumbre de sacrificar aves (a menudo seguida del ritual aruspical) pueden haber influido también:

“Después de estar tanto tiempo a salvo, la raza de los volátiles comenzó a ser sacrificada, y a los dioses les agradaron las entrañas de quienes revelaban sus secretos. Y así a menudo la blanca paloma, esposa arrebatada a su marido, se abrasa en las ardientes hogueras. De poco le sirve a la oca su defensa del Capitolio: no por eso ofrece menos su hígado en tus escudillas, resplandeciente hija de Inaco. A la diosa de la Noche se le inmola, durante la noche, el ave dotada de cresta, porque con su canto vigilante llama al tibio día” (*Ov. fast.* I, 449-458)

El pasaje de Ovidio documenta la práctica del sacrificio de aves (a mi juicio extraña a la tradición romana) seguida en muchos casos del ritual aruspical. Recordemos que en la novela de Petronio (*Satir.*, 137, 11) la vieja, además de sacrificar al ganso, abre el pecho, le saca el hígado y le lee el porvenir.

Los dioses, pues, se complacen con los sacrificios de aves pero ¿cuáles?: las palomas, sacrificadas a Venus-Afrodita (*Eryx*), las ocas, sacrificadas a la hija de Inaco, es decir, a Io=Isis (corroborado por Pausanias X, 32, 16 y antes por Juvenal VI, 540 que citan a la oca como uno de los seis clásicos sacrificios de animales en honor de Isis aunque no exclusivo) y los gallos, sacrificados en honor del dios Asclepio y los Lares (*Juv.* XIII, 233: *Laribus cristam promittere galli*). Plutarco, en un curioso pasaje, nos dice que los latinos dan a

Perséfone (Proserpina) el nombre de Ferrebata (una variante de *férbein* y *fátta*), que procede del hecho de alimentarse de la paloma torcaz porque esta ave estaba consagrada a ella (*De abst.* IV, 16) y que las sacerdotisas de la diosa Maya “que es lo mismo que Perséfone” se la ofrendan a ella. La Maya autóctona romana parece haberse confundido tardíamente con la Perséfone griega cuando pasa a ser madre de Mercurio.

Mención aparte debe figurar, si la noticia es histórica, el sacrificio de flamencos (*phoenicopterus*), pavos reales (*pavones*), meleágrides, faisanes que Calígula hizo el día antes de su muerte en honor del emperador Augusto (Suet., *Calig.* 22, 3; 57, 4).

Higinio, también de época augústea, en su obra “Las características de los dioses” (*de proprietatibus deorum*) hablando de los astros y de las estrellas, afirma que a ellos es necesario inmolarles pájaros. Docta fue, pues, añade, la asección de Virgilio: el alma del pájaro permanece cerca de aquellas divinidades a las que está destinada a ser sacrificada (*Aen.* V, 517: “cae exámine y dejó la vida entre los astros en el aire”) (*apud* Macro. *Sat.* III, 8, 4).

Por último es posible que la aplicación de las aves a la medicina influyera notablemente también. Plutarco dice que el médico de Pompeyo (*Mor.*, 786 A) le prescribió como dieta el zorzal pero cuando Pompeyo oyó que los zorzales se encontraban sólo en el aviario de su enemigo Lúculo, donde se criaban, rehusó a tener uno. Tomando las obras de Celso o de Escribonio Largo –para no alejarnos en el tiempo de la Roma de Augusto– vemos que para un gran número de enfermedades o de trastornos se recomendaba determinado tipo de aves: la oca (Scrib., 185, 189, 238, 271) como antídoto y cicatrizante; la sangre de palomo (Celso, 5, 5-6; 39; Scrib., 16) para la epilepsia y los traumatismos oculares; el pollo (Celso, 5, 27) como antídoto contra el veneno de serpiente, etc.<sup>21</sup>.

¿Fueron las aves augurales una excepción a esta costumbre gastronómica rápidamente implantada en la Roma augústea? Las aves augurales eran divididas en dos categorías, *alites* y *oscines* si bien unas pocas podían dar auspicios mediante el vuelo y el graznido (*signa ex avibus*). El canon de las aves augurales, a partir de los datos que ofrecen Festo (*s.v. oscines*), Paulo (*s.v. alites*) y Servio (*ad Aen.* I, 394) es el siguiente:

- 1) *Alites et oscines: Picus Martius, Picus Feronius, Parra;*
- 2) *Alites: Aquila, Vultur, Immissulus, Sanqualis, Buteo;*
- 3) *Oscines: Corvus, Cornix (o Cornisca), Noctua;*
- 4) *Dirae: Milvus, Spinturnix, Subis, Incendiaria avis, Clivia avis.*

El silencio de las fuentes así lo sugiere; tan sólo Artemidoro (*Onir.* I, 8, 26) dice explícitamente que en Italia una antigua costumbre prohibía matar buitres y quien lo hacía era considerado impío pero advirtamos que dicho canon es, en cualquier caso, muy limitado y con una notable presencia de pájaros carroñeros.

<sup>21</sup> Sobre las aves en la dieta de Celso y Escribonio cfr. el estudio de F. MARTÍNEZ SAURA, *La medicina romana desde la perspectiva de “De Medicina” de A. Cornelio Celso*, Madrid, 1996.

5. Una de las pocas oposiciones a esta costumbre vino de quienes seguían una práctica vegetariana lo que se consideraba propio de una Edad de Oro<sup>22</sup>: en Ovidio (*Met.* VIII, 677 sig.), Júpiter y Mercurio intentan matar una oca para añadir al menú vegetariano y hacerlo más rico, pero el animal escapa y parece pedir piedad a los propios dioses.

Para los epicúreos hombres y animales eran de la misma naturaleza; unos y otros estaban compuestos de átomos, elementos de la materia que resultan de la descomposición de un cuerpo cualquiera; ningún cuerpo –dice Lucrecio I, 261-262– se ha creado sin la muerte de otro. Las aves en tanto que seres vivos pueden morir pero no así los átomos de la materia de que se componen. Sin nadie que los dirija, los átomos se recomponen bajo una forma humana, animal o vegetal. De esta forma se perpetúa el ciclo de la naturaleza. Por esa razón Lucrecio describe bajo rasgos antropomórficos a los animales.

Pero quizá los filósofos que en mayor medida se opusieron a la captura de aves y sobre todo a su consumo fueron los pitagóricos. El pitagorismo, desarrollado sobre todo en el sur de Italia, es necesariamente vegetariano no sólo por el hecho de que todos los seres vivos son de la misma condición sino, sobre todo, por la creencia en la metempsicosis o reencarnación tras la muerte en un ser de forma humana, vegetal o animal. Dicha corriente ejerció, además, una notable influencia sobre los poetas de la literatura augústea. Ovidio, por ejemplo, escribe (*Met.* XV, 94-95): “No puedes sin destruir otro ser apaciguar los apetitos desenfrenados de tu estómago voraz”. El autor del *Panegírico de Messala* plantea el problema de la metempsicosis de la siguiente forma: “Una lengua viva me ha sido reservada después de la metamorfosis que habré sufrido o un caballo destinado a correr sobre el duro suelo las llanuras, o un toro, honor de un ganado pesado o un pájaro que sus alas llevan a través del espacio del vacío de los aires” (vv.: 77-81).

Ovidio, que divulga en sus *Metamorfosis* la doctrina pitagórica, sugiere que casi todos los animales eran en origen, hombres. Aquellos hombres que han cometido una falta han retrocedido uno o varios escalones en la escala de los seres hasta devenir animales o vegetales. No existen, pues, fronteras entre el hombre y el animal.

Los estoicos presentaron antes de la época augústea de manera diferente las relaciones entre hombres y animales. Consideraban, en primer lugar que la *ratio* estaba reservada al hombre, mientras que los animales sólo tenían instinto o *natura*. Cicerón, por ejemplo, consideraba que los animales y sobre todo los domésticos carecían de razón, ignoraban la razón y la ley moral. Pero los estoicos reconocían en los animales y desde luego en las aves ciertas facultades de las que el hombre carecía. Una de ellas es el instinto y, en particular, el instinto de conservación ante los peligros. Algunos decenios después de la muerte de Augusto, escribía Séneca:

“Así pues, como dije en las cartas anteriores, los animales más tiernos, recién nacidos de la matriz o del huevo, conocen inmediatamente lo que les es pernicioso y evitan lo que les

<sup>22</sup> Cfr. Ov., *Met.* XV, 96-98 (Pitágoras); Sen., *epist.* 73, 15; 95, 15; 108, 19.

es mortal; las especies perseguidas por las aves de rapiña tienen miedo hasta de la sombra de sus enemigos que van de vuelo. Ningún animal llega a la vida sin temor de la muerte. ¿Cómo es posible, que el animal acabado de nacer tenga idea de las cosas saludables y de las mortíferas? Lo primero que debemos preguntarnos es si tienen esta idea; luego cómo la tienen. Y que la tienen lo da a entender el hecho de que no harían nada más de lo que hacen. ¿Por qué razón la gallina no huye del pavón ni del ganso y huye del milano, que es más pequeño y no vió jamás? ¿por qué los polluelos temen al gato y no al perro?” (Sen., *epist.* 19, 121, 19-20).

Guiados de un providencialismo los estoicos justificaban así que las aves, como otros animales, estuvieran al servicio del hombre y, en cierta forma, que muchas de ellas sirvieran para cubrir las necesidades de los hombres. La influencia estoica pudo haber sido, pues, otro factor influyente en ese cambio de actitud o de mentalidad al que nos hemos referido.